Página/12



1918 - LA REFORMA- 1988

SEGUN PASAN LOS AÑOS

Es posible que a Emilio Biagosch le tocara lidiar con la desvencijada máquina de escribir, tipeando con dos dedos, mientras Deodoro Roca le dictaba. El título había quedado un poco largo, pero no importaba: "La Juventud Universitaria de Córdoba a los hombres libres de Sud América". Ya verían cómo armarlo en el periódico.

Emilio había participado en una discusión previa, en la que también estuvo Horacio Valdés, presidente del centro de Derecho. Deodoro apareció chambergo en mano con el borrador final. Iba a leérselo al resto de los muchachos. Antes repasó el gesto de los presentes. Los más inquietos eran Enrique Barros —el único radical del grupo— e Ismael Bordabehere —hermano de Enzo, el senador que en la década del '30 sería asesinado por defender a Lisandro de la Torre—. La tensión de ambos era lógica. Junto con Valdés eran los presidentes de la Federación, e iban a pagar los platos rotos de lo que se publicara en *La Gaceta Universitaria*.

Tras la lectura, las caras de asombro acompañaron un silencio que se prolongó mucho más de lo que Emilio imaginara. "Si esto no alcanza sentido histórico, al menos el sentido épico ya está asegurado", ensayó uno para distender el ambiente. Hubo coincidencia en que "un documento político como éste es lo que nos estaba faltando". Tanto ajetreo, huelgas, enfrentamientos, pero al fin los universitarios cordobeses alumbraban un proyecto que ponía las cosas negro sobre blanco. Deodoro, un flamante abogado de 28 años, pelado y todo,sumaba a sus condiciones de líder carismático la de ideólogo.

"Hombres de una República libre —proclamaba el Manifiesto Liminar de la Reforma Universitaria publicado el 21 de junio de 1918— acabamos de romper la única cadena que, en pleno siglo XX, nos ataba a la antigua dominación monárquica y monástica. Hemos resuelto llamar a todas las cosas por el nombre que tienen." Deodoro dictaba, meticuloso, mientras Emilio se iba entusiasmando. Ambos trataban de adivinar la repercusión que tendría el documento en los demás. En todos los cordobeses. En la Argentina. En el continente.

"Córdoba se redime —tipeaba Emilio con trabajo—. Desde hoy contamos para el país una vergüenza menos y una libertad más. Los dolores que quedan son las libertades que faltan. Creemos no equivocarnos, las resonancias del corazón nos lo advierten: estamos pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana."

El cuarto se iba quedando en penumbra. Era el jueves 20. Fue Barros o Bordabehere el que entró. "Apuren muchachos", dijo. Los otros ni se inmutaron; argumentó vagamente que había que llegar a tiempo a la imprenta y se batió en retirada. "En adelante —dictó Roca—, sólo podrán ser maestros en la futura república universitaria los verdaderos constructores de almas."

Por encima del golpeteo de la máquina de escribir el ambiente seguía resonando con los ecos del sábado 15. Ese fue el día clave. La Casa de Trejo había sido invadida por un grupo de estudiantes enardecidos que denunciaban fraude en la elección del nuevo rector. Algunos iban embanderados con retazos de cortinas moradas que arrancaron en la vecina Iglesia de la Companía de Jesús. Emilio aún veía cómo Valdés, accediendo al pedido de los profesores, intentaba serenar los ánimos. Pero fue una estratagema, porque cuando los muchachos hicieron silencio expectante ante sus gestos, Valdés gritó: "No voy a pedir calma", y la cosa volvió a empezar. Justo a él habían elegido los catedráticos para aplacar los ánimos. Un rato antes había escrito en el acta de sesiones que "la Asamblea de todos los estudiantes de la Universidad de Córdoba decreta la huelga general".

La capital de la provincia estaba prendiendo la mecha a la bomba y no era casualidad. Allí los palpables síntomas de movilidad social reflejados en el ascenso del yrigoyenismo contrastaban con la férrea actitud clerical de mantener un estricto control en la vida de la sociedad cordobesa. En Derecho se llegaba, incluso, a enseñar los "deberes para con los siervos". Las influencias de las revoluciones rusa y mexicana, el clima de posguerra y la efervescencia juvenil fueron el marco de referencia para la lucha de esos estudiantes.

A fines de 1917 las autoridades



Octubre de 1964, marcha por mayor presupuesto.

académicas habían suspendido el internado del Hospital de Clínicas de la Universidad. Al año siguiente el ciclo se inició con un paro masivo. Los muchachos se organizaron en una Comisión Pro-Reforma. Pidieron el cambio de estatutos y también una intervención que garantizara elecciones limpias para designar al rector. En ese momento votaban solamente los profesores.

¿Hasta dónde hubieran llegado los reformistas si la *Corda Frates*, misteriosa hermandad que regía los destinos de la ciudad, hubiera concedido algunas de sus reivindicaciones? Lo cierto es que mediante presiones e intimidaciones la oligarquía local consiguió imponer ese 15 de junio a su candidato Antonio Nores, por 23 votos a 13, sobre Enrique Martínez Paz. Las limitaciones de las propuestas de Nores fueron notadas de inmediato por los estudiantes, que se lanzaron a una rebelión. Querían transformar la relación de fuerzas en la universidad.

La federación cordobesa, con la solidaridad de la FUA y las otras federaciones (Buenos Aires, La Plata, Litoral, Tucumán), planteó la participación estudiantil en un gobierno paritario y tripartito, autónomo, con docencia libre, periodicidad de cátedra y un régimen de concursos transparente.

A esta democratización interna se le adicionarán de inmediato contenidos sociales con los conceptos de "extensión universitaria" y "solidaridad obrero-estudiantil", demostrada por la Federación Obrera que dirigía Miguel Contreras (fallecido en 1987) cuando salió a protestar ante la represión sufrida por los estudiantes durante las numerosas manifestaciones callejeras.

La Federación Universitaria Argentina (FUA) se había formado en abril y en julio realizó su primer congreso en Córdoba. Allí ratificó todos los planteos de orden universitario, aunque bajó los decibeles políticos, prenunciando una divisoria de aguas entre "apolíticos" y "comprometidos sociales" que llegaría hasta nuestros días. Confirmó a Osvaldo Loudet en la presidencia y postergó un pronunciamiento sobre la gratuidad de la enseñanza, consigna que se llegó a imponer recién en el segundo congreso, celebrado en 1932 en Buenos Aires.

Para obtener sus objetivos, con el "guiño" del propio Hipólito Yrigoyen (envió a su ministro de Justicia e Instrucción Pública Juan José Salinas como interventor), los estudiantes cordobeses debieron soportar varios meses de enfrentamientos con Nores, hasta que el 9 de setiembre de 1918 se decidieron a ocupar la Universidad. Los tres presidentes de la FUC se designaron a sí mismos decanos de cada una de las facultades y anunciaron la reanudación de las clases en la *"Córdoba libre"*.

Si a toda acción se opone una reacción, la reforma fue combatida mediante la contrarreforma que impuso el alvearismo desde 1922. Decreció la actividad estudiantil y la militancia perdió el sentido unitario de la época fundacional. El golpe del '30 encontrará al grueso aclamando a los cadetes de Uriburu —la FUBA era conducida por el socialismo independiente de Roberto Noble, posteriormente aliado de los conservadores—, pero pronto volverán a ser víctimas de la persecución por su oposición al régimen.

Los congresos de FUA de 1932 y 1942 ratificaron las proclamas reformistas, añadieron análisis antifascistas y concluyeron en que "no existe reforma universitaria sin reforma social". Si al reformismo le costó franquear sus propias limitaciones, al menos éstas fueron superadas en el aspecto geográfico, inspirando movimientos de envergadura en toda América latina, como son los casos del APRA peruano y el PC cubano.

Entre 1943 y 1955 se agrava la tensión entre estudiantes y poder central.

FUA, de la oposición a la trama golpista

El 4 de junio de 1943, en épocas de la contraofensiva del ejército soviético contra los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial, cuando el "fraude patriótico" estaba a la orden del día y uno de sus beneficiarios, el salteño Robustiano Patrón Costas, se preparaba para reemplazar en unas dudosas elecciones al presidente Ramón Castillo, los militares resolvieron, como en 1930, barajar y dar de nuevo en la política nacional.

Fue entonces cuando, acaudillado por el general Pablo Ramírez —con un breve interregno de Arturo Rawson— el Ejército, impulsado por el sector nacionalista Grupo Obra de Unificación (GOU) al que pertenecía el entonces coronel Juan Domingo Perón, asaltó el gobierno. No faltaron las intervenciones provinciales y las de las universidades. En una de ellas, la del Litoral, el rector de facto fue Giordano Bruno Genta, admirador de don Juan Manuel de Rosas y que alguna vez fuera apodado la "bestia rubia escapada de las selvas de Bohemia", según relatara el historiador reformista Bernardo Kleiner. No obstante, en un principio hubo serias disidencias internas en el movimiento reformista y más de un sector se sintió seducido por algunas de las consignas nacionalistas del nuevo gobierno.

El golpe militar, frecuentemente acusado de sospechosas simpatías con el Eje, fue catalizando rápidamente al movimiento estudiantil que se volcó a la oposición, algo que le valió innumerables detenciones, expulsiones y bastonazos por doquier. Para el reformismo, la lucha contra el régimen conducido por el Ejército se confundía con la guerra antifascista en el viejo continente.

Casi sobre el final del conflicto, el Gobierno había declarado la guerra al Eje —a comienzos del '45— y el general Edelmiro Farrel había reemplazado a Ramírez. Perón había agregado a su cargo de secretario de Trabajo y Previsión Social el de ministro de Guerra. Hacia el '45 ya era —además— vicepresidente. La derrota militar de los nazis en la Segunda Guerra también tuvo su correlato en la Argentina. Una primavera política sucedía en el país. Se convocó a elecciones en las universidades. Horacio Rivarola fue designado en Buenos Aires, y José Gollán reelecto en la del Litoral.

Al rendirse Japón, terminó la guerra y los nazis habían sido derrotados. La policía reprimió a quienes salieron a expresar su alegría por las calles. El estudiante Enrique Blastein es asesinado por un francotirador ubicado en la Subsecretaría de Informaciones. El presidente Farrel estaba en esos días en Paraguay y Perón ocupaba la presidencia. El regreso del jefe de Estado no fue demasiado feliz. La FUA había lanzado huelgas y marchas. Poco después, Perón fue detenido.

La importante movilización popular del 17 de octubre, que liberó a Perón, no pasó desapercibida para los estudiantes reformistas. Algunos, como el dirigente Horacio Valdés, se volcaron al nuevo movimiento. Pero mayoritariamente sus organizaciones continuaron enfrentando al líder. Perón ganó ampliamente las elecciones contra la Unión Democrática, en febrero de 1946. El 4 de mayo se produjo la intervención universitaria, tarea que fue encomendada a un célebre personaje: Oscar Ivanissevich. Aunque con una repercusión escasa, el peronismo creó sus propias organizaciones estudiantiles. Mientras en 1947 se aprobaba para las universidades la ley 13.031, de carácter fuertemente centralista, en junio del mismo año se reunió el Primer Congreso de Estudiantes Peronistas, en Buenos Aires. Luego se creó la Federación Nacional de Universitarios Peronistas. Entre los dirigentes estudiantiles que adherían al oficialismo se encontraban Antonio Cafiero y el nacionalista Guillermo Patricio Kelly.

Durante los dos gobiernos peronistas se desarrollaron políticas tendientes al crecimiento de la matrícula, que produjo una ampliación de la base social del estudiantado. Se aumentó el presupuesto, se crearon nuevas facultades y en 1953 se creó la Universidad Obrera, que daría lugar a la actual Universidad Tecnológica Nacional. Mientras la FUA y la FUBA actuaban en la clandestinidad, en 1950 se creó la Confederación General Universitaria (CGU), de tendencia peronista. Entre 1951 y 1953 los estudiantes comunistas forman parte de la CGU. A la supresión de los aranceles, operada en 1949, se le suma la eliminación del examen de ingreso, que desde la izquierda fue calificada como una medida demagógica. El triunfo del golpe militar del 16 de setiembre de 1955, llamado Revolución Libertadora por sus gestores, fue seguido de la intervención de las universidades.

Tras el derrocamiento de Juan Domingo Perón y una división de aguas entre antiperonistas e izquierda, la sociedad se polariza en laica y libre.

El reformismo inicia su fractura



Los partidarios de la ensenanza publica cerraron filas en el sector de los llamados "laicos", mientras que los privatistas se aglutinaron en el de los "libres".

El estudiantado reformista apoyó sin retaceos el golpe de 1955 que derrocó al presidente Perón: "Los estudiantes argentinos han saludado la caída de un régimen opresor y falaz que intentó conculcar todo vestigio de democracia", decía la FUA en un comunicado emitido el 23 de setiembre.

Fue un período contradictorio en el que las cesantías de docentes peronistas y la persecución contra los partidarios del líder derrocado convivían con la implantación de cierta forma de cogobierno y una relativa autonomía universitaria. El movimiento estudiantil reformista comenzaba a dividirse entre los sectores antiperonistas y la izquierda, mientras los estudiantes católicos se agrupaban en el humanismo.

En la UBA el interventor fue José Luis Romero, y luego Risieri Frondizi fue electo rector. Se crearon las carreras de Economía, Administración, Psicología, Sociología y Ciencias de la Educación, así como la Facultad de Farmacia y Bioquímica y las escuelas de Enfermería y Salud Pública.

Pero por otro lado, el gobierno militar introdujo el decreto 6403 de 1955, en el que impuso la discriminación política y la apertura a las universidades privadas, esto último mediante el artículo 28. La derogación de ese decreto fue bandera de las luchas estudiantiles de los primeros tiempos de la llamada Revolución Libertadora. El instrumento legal sufrió modificaciones como consecuencia de la presión de los estudiantes, que pudieron participar —aunque en forma minoritaria— del cogobierno. Además, las universidades adquirieron mayor autonomía.

La FUA estaba por entonces bajo la hegemonía de la izquierda reformista, constituida por independientes, radicales, socialistas, comunistas y el movimiento de liberación nacional. En Córdoba, mientras tanto, nacía el movimiento integralista, promotor del apoliticismo

En marzo de 1958, con el apoyo reformista y un acuerdo con Perón, Arturo Frondizi resultó electo presidente. A poco de asumir, muchos reformistas se arrepintieron de su voto. En forma secreta, el titular del Ejecutivo preparaba la reglamentación del artículo 28 del decreto 6403. Cuando esto trascendió, la intelectualidad argentina y la población toda se conmovieron por la polarización entre privatistas —que adoptaron el mote de defensores de la *enseñanza libre*— y los sostenedores de las universidades públicas, llamados *laicos*.

Entre los partidarios de las universidades privadas se encontraban Vicente Solano Lima, Alvaro Alsogaray, monseñor Antonio Plaza, Celestino Gelsi y Rogelio Frigerio. Entre los defensores de la postura laica, se destacaban Alfredo Palacios, Risieri Frondizi (hermano de Arturo y rector de la UBA), José Luis Romero, Norberto Rodríguez Bustamante e Ismael Viñas. Del mismo lado estaban otros radicales, socialistas, comunistas, sectores peronistas y el reformismo. Hubo multitudinarias movilizaciones de uno y otro lado, aunque los sectores laicos denunciaron que para sumar manifestantes los colegios privados y religiosos obligaban a la concurrencia de sus alumnos.

No obstante la convulsión social que se generó, tras la derogación del artículo 28 en la Cámara de Diputados ocurrida el 26 de setiembre, el diputado Horacio Domingorena preparó un texto para reemplazarlo. Mantuvo su espíritu, en particular porque se disponía que los títulos habilitantes serían expedidos por el Estado nacional, sin especificarse cuál sería el órgano encargado de concretarlo. Quedaba claro que las universidades públicas no serían las que cumplieran esa función con exclusividad. Tras la aprobación del texto, quedaron abiertas definitivamente las compuertas a las universidades privadas.

La Ley 14557, atribuida a Domingorena, señalaba que "la habilitación para el ejercicio profesional será otorgada por el Estado nacional", y agregaba algunas disposiciones acerca de los exámenes de habilitación correspondientes. Estos exámenes se fueron desdibujando con el correr del tiempo y en la práctica fueron las universidades privadas las que terminaron habilitando a los profesionales.

A pesar de revisiones como las de Julio V. González, Ernesto Giudici y Horacio Valdés, no hubo unidad obrero-estudiantil

La universidad liberal en contra del justicialismo

Por Emilio J. Corbière

La relación del peronismo con el movimiento universitario reformista fue, en los años que corren de 1946 a 1955, tempestuosa y de confrontación. El movimiento universitario expresaba socialmente a las capas medias y altas, predominando en su ideología el liberalismo, tanto en su visión de izquierda como de derecha. Por eso, y a partir de este malentendido político, Perón se enfrentó con los universitarios que eran el baluarte de la oposición. Eran los tiempos de la primera "misión Ivanissevich".

De aquella generación reformista de 1945, fueron muy pocos los que trataron de ver bajo las aguas revueltas de la Argentina de posguerra. Uno fue Julio V. González, tal vez el más talentoso ideólogo reformista de aquellos años. Cuando trató, desde el Partido Socialista, de comprender el fenómeno de masas del peronismo y sus transformaciones sociales, tanto izquierdistas como liberales le respondieron que lo suyo era: "Perón + uno", y descartaron sus ideas condenándolas al silencio.

El comunista Ernesto Giudici trató, también, de repensar ese absurdo antagonismo y en 1947 publicó su texto "Ciencia y política en la Universidad" (Ateneo Universitario Aníbal Ponce), donde sostenía: "Si el problema es planteado como peronismo-antiperonismo la consecuencia será facilitarle el camino a la reacción y convertir al estudiantado en instrumento de intereses reaccionarios". Recordaba cómo los universitarios habían sido utilizados para derrocar a Yrigoyen. Pero su voz clamó en el desierto.

Aquella Reforma Universitaria de 1918 tuvo un claro contenido antiimperialista y democratizador. Por eso se extendió por América latina y en su nombre se alentaron revoluciones populares y movimientos de hondos contenidos transformadores.

En aquel 1918 hubo tres figuras destacadas: Deodoro Roca, Horacio Valdés e Ismael Bordabehere, hermano de Enzo, el senador asesinado en 1935. Pero Valdés prácticamente ha desaparecido de los textos de historia y ello se debe a que se unió al peronismo y le entregó a Perón el título "Doctor honoris causa" en nombre de la Universidad de Córdoba, el 23 de febrero de 1948.

Recién, en los años de la dictadura militar de Onganía se produjo la síntesis, cuando estudiantes y obreros se unieron en la CGT de los Argentinos y en la resistencia. Porque aquellos postulados liberadores de 1918 podrán tener vigencia cuando esa actitud esté unida a la lucha por el cambio de las estructuras generales del país. Pero no hay salida económica, política y social en la Argentina, como en toda Latinoamérica, sin decisión revolucionaria en ese sentido.

Luego de la primavera reformista del gobierno de Illia y tras la "Noche de los bastones largos", convulsión social.

Cuando los estudiantes se asomaron a la puerta

Tras las intensas luchas en torno al debate sobre la enseñanza privada y la derrota de la posición reformista, el escepticismo y la desmovilización parecieron adueñarse del movimiento estudiantil. Pero era más que la mera imposición de una medida gubernamental. Arturo Frondizi había surgido del riñón reformista y con el apoyo activo de los estudiantes y docentes. Su gobierno fue abandonando poco a poco sus anteriores propuestas y realizó una tras otra todas las concesiones que reclamaron los intereses económicos internacionales que antes había repudiado. Los planteos militares se convirtieron en una peligrosa costumbre. Para los estudiantes fue un período de lucha, pero también de una profunda reflexión.

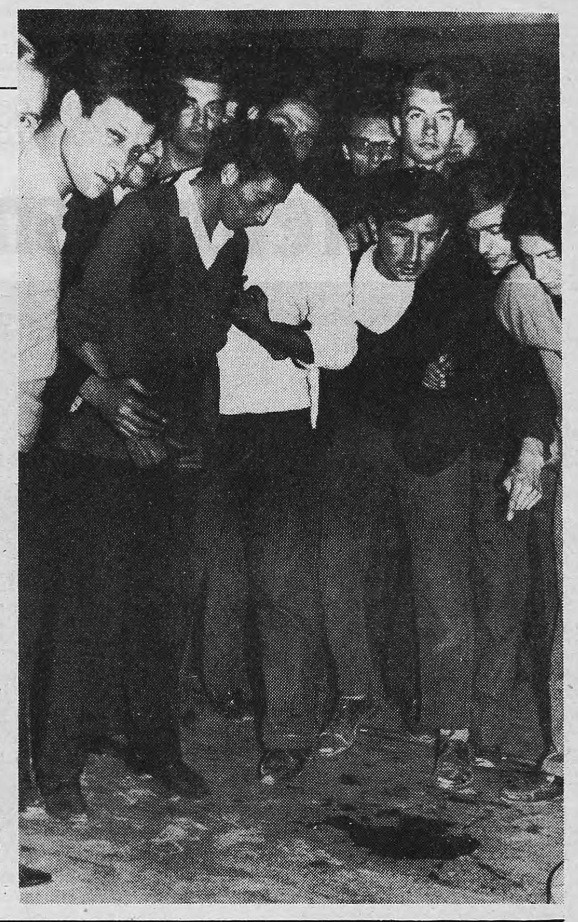
En octubre de 1959 se reunió en Córdoba el IV Congreso de la FUA, que permitió reagrupar al reformismo estudiantil frente a los sectores humanistas. Se definió un programa antiimperialista y se cuestionó la política del gobierno desarrollista. También se creó una secretaría de relaciones obrero-estudiantiles y se repudió el plan CAFADE, que establecía un programa de cursos, investigación, becarios, formación de técnicos e investigadores con la asistencia directa de la United States Operation Mission de los Estados Unidos.

La Revolución Cubana, ocurrida en 1959, fue sin duda un hecho que signó gran parte de los acontecimientos futuros en el movimiento estudiantil. Defendida por antiguos reformistas, como Alfredo Palacios, también fue bandera de los jóvenes militantes, que efectuaron una reivindicación pública desde la FUA. La revolución influyó en toda América latina. Mientras, el gobierno de Frondizi siguió decayendo y tras la derrota en las urnas bonaerenses a manos del peronista Andrés Framini —en elecciones que luego fueron anuladas— el 29 de marzo de 1962, fue derrocado.

En el movimiento estudiantil se había producido una progresiva radicalización. En la FUA se imponían sectores independientes del socialismo y del comunismo, aunque también se desarrollaban agrupaciones reformistas moderadas. Se produce el crecimiento de Franja Morada, integrada por radicales, socialistas y anarquistas. En 1962 Julio Olivera es rector de la UBA, y un año después Arturo Illia será electo presidente.

En el mismo año, en Rosario, se reunió el VI Congreso de la FUA. Se buscó revertir el progresivo alejamiento de las bases estudiantiles que se volvía preocupante para la dirigencia. Se propuso la reunión nacional de centros como una estructura intermedia. En las universidades fue un período de apertura, en el marco de la autonomía y el cogobierno.

El 28 de junio de 1966, el general Juan Carlos Onganía dirigió el golpe de Estado que derrocó a Illia. Un mes después, el decano de Ciencias Exactas de la UBA, Rolando García, es expulsado a golpes de la facultad, junto a docentes y estudiantes. Es la tristemente célebre Noche de los Bastones Largos. La violencia policial no perdonó a nadie. Incluso fue golpeado el científico norteamericano Warren Ambrose, cuyo reclamo ante su gobierno obligó a una disculpa de la dictadura militar argentina. A partir de allí se produjo un desmantelamiento de las universidades, cuyos más prestigiosos catedráticos optaron por pasar al ostracismo o se fueron del país en busca de un ámbito de libertad para el trabajo. La intervención de las universidades, la persecución y el desmantelamiento de los equipos de investigación y docencia generaron una fuerte resistencia del movimiento estudiantil. En setiembre del mismo año, en Córdoba, es asesinado por fuerzas policiales el joven Santiago Pampillón. Su sepelio convocó a miles de estudiantes que repudiaron la dictadura. Cerca de 60 detenidos fue el saldo de la represión policial en esta oportunidad. Pampillón pasó a ser un símbolo de la resistencia estudiantil contra el autoritarismo.



A las 21 del 7 de setiembre de 1966, Santiago Pampillón caía baleado en las calles de Córdoba. Cinco días después moría.

El presidente de la Federación Universitaria de Córdoba durante 1969 habla hoy de la lucha obrero-estudiantil.

"Rebelión contra un modelo"

Por Francisco Delgado

La Reforma Universitaria está inscripta definitivamente en la historia argentina y latinoamericana como rebelión estudiantil, cuyo contenido de clase está dado por el objetivo explícito de cuestionar y destruir el modelo educativo que la oligarquía impuso en el país, pensado a fines de siglo XIX.

Desde el comienzo, la Reforma contiene tres grandes corrientes ideológicas. La derecha lúcida o conservadores liberales; el radicalismo, como expresión de las oscilaciones de una óptica pequeñoburguesa, y la visión de la izquierda en su búsqueda del rumbo revolucionario de la sociedad argentina.

La izquierda del movimiento reformista tiene su propio camino de aciertos, errores e inconsecuencias. Pero dentro de ella hay un punto de inflexión que promueve un cambio cualitativo, motorizado por la transformación profunda que se opera en el movimiento estudiantil a partir del enfrentamiento con la dictadura militar de Onganía en 1966.

Las opciones políticas estudiantiles, desde los movimientos socialcristianos hasta las diversas variantes del reformismo, son empujadas a confrontar en condiciones no conocidas, sus postulados ideo-políticos, sus formas orgánicas de acción. Ante el enfrentamiento planteado, no hay lugar donde ubicarse que no sea la unidad y la lucha.

Allí comienza en las calles de Córdoba, en la noche que cae asesinado Pampillón, la transformación más profunda del movimiento estudiantil argentino.

El surgimiento de la CGT de los Argentinos como expresión de la lucha del movimiento obrero tuvo una influencia decisiva en la etapa. La izquierda del reformismo se recrea y converge con un peronismo que emerge en la universidad como síntesis combativa de distintos sectores no reformistas.

El movimiento estudiantil se acerca así al punto más elevado de la resistencia al régimen: el Cordobazo. A partir de allí, la unidad obrero-estudiantil dejará de ser un postulado para convertirse en una realidad y la acción del movimiento reformista no podrá ser más una mera rebelión histórica, sino un protagonismo imprescindible para unir al campo popular para la liberación.

Este rumbo, alumbrado por la historia de luchas, está hoy en la discusión más que nunca. Es para esta juventud de los '80 un debate necesario. No hay UPAU ni reformismo apolillado capaz de recrear la historia del movimiento estudiantil. No hay acción psicológica derechizante que pueda recuperar a la Universidad y al país para los intereses del pueblo y la Nación. La rebelión estudiantil del '18 está viva, porque el curso de la historia la ha ratificado.

Las dictaduras consiguieron, sin buscarlo, que el movimiento estudiantil articulara sus luchas con las del campo popular.

Luego del Cordobazo se impuso "ganar la calle"

Turbulenta y borrascosa década es para el movimiento estudiantil universitario la que va del golpe de Estado de 1966 hasta el crepúsculo del gobierno peronista, en un vivo reflejo de las convulsiones sociales que estremecieron al país y al mundo. Tiempos de soñar cambios y de romántica bohemia en el interior de una caldera alimentada por la leña ideológica de la Revolución Cubana, Mao, Perón, Guevara, Sartre, Trotzky, Fanon, Lenin y el Movimiento de Sacerdotes por el Tercer Mundo. Desenfreno y vértigo en la carrera por la toma del poder. La utopía dibuja en las paredes su pregón por un mundo mejor, bosques de carteles florecen en las facultades, menudean las riñas a golpe de puño y cachiporra, transitando la polémica por los desfiladeros de la violencia, en largas noches de mate y divague.

Las luchas antidictatoriales germinan en la fértil pradera de un régimen que entrelaza el mesianismo semicorporativo y la política económica liberal de Krieger Vasena. Brota el insurreccionalismo por las vertientes guevaristas y maoístas escindidas del PC, que controla la FUA a fines de la década del '60, unificándose en la Corriente de Izquierda Universitaria (CIU). Pero, a un costado, crece la influencia de los estevezboeristas del Movimiento Nacional Reformista (MNR), la "izquierda criolla" de la Agrupación Universitaria Nacional (AUN) y la Franja Morada, en ese entonces alianza de los radicales de la flamante Junta Coordinadora con grupos socialistas y anarquistas.

El peronismo, receloso de la tradición "gorila" de la Universidad, actúa fuera de los centros de estudiantes, nucleándose alrededor de un nutrido abanico de siglas (UNE-FANEP-FORP-MRP) que en 1968 se fusionan en la Coordinadora Provisoria de Agrupaciones Nacionales Peronistas.

Agoniza la Universidad-isla (1958-1966) y la FUA se vincula con las desarrolladas corrientes clasistas del movimiento obrero (CGT de los Argentinos, Ongaro-Tosco) y apoya huelgas como la del obraje de la represa Chocón-Cerros Colorados.

Preludia el estallido popular cordobés. El 15 de mayo de 1969 muere abatido a balazos el estudiante de medicina Juan José "Chelito" Cabral, al ser dispersada por guardianes de infantería y caballería una marcha de protesta de unos 4 mil universitarios, por los aumentos de un 500 por ciento en los precios del comedor de la Universidad de Corrientes. Dos días después, durante una movilización callejera de estudiantes rosarinos en repudio al crimen de Cabral, una bala hiere de muerte a Ramón Adolfo Bello. El 21 de mayo estudiantes ocupan la radio LT8 de Rosario y hay otra víctima: los 15 años de Luis Norberto Blanco.

La CGT declara un paro nacional. La seccional Córdoba lo convierte en activo y con las primeras luces del alba del 29 arrancan hacia el centro de la ciudad columnas obreras y estudiantiles. Los universitarios ocupan su reducto del Barrio Clínicas (donde viven en pensiones y viviendas de alquiler) y lo proclaman "territorio libre de América". Los disturbios desbordan la capacidad policial. El gobierno de Onganía ordena alistar al Ejército y la Fuerza Aérea para contener la pueblada. Los universitarios, en grupos de autodefensa de 15 miembros, son abastecidos por vecinos que preparan desde empanadas hasta cócteles molotov.

Al anochecer del 30 de mayo las tropas recuperan la ciudad pero la toma del Clínicas se extiende hasta el 1° de junio. El comandante del III Cuerpo Eliodoro Sánchez Lahoz, en un noticiero televisivo, admite que "hasta las niñas cordobesas estuvieron en la destrucción". Hay un saldo de por lo menos 14 muertos, entre ellos el estudiante Daniel Octavio Castellano.

Al fracturarse la FUA en la Línea Córdoba (Franja Morada, MNR y FAUDI) y la Línea La Plata (MOR-PC) se agiganta la influencia del radicalismo. El presidente de la central universitaria Domingo Teruggi tiene un sucesor de su misma extracción, la socialista, Néstor Jaimovich, pero ocupa la secretaria general un joven de FM que se recibiría de abogado a los 19 años, Marcelo Stubrin.

Lentamente, se abren las compuertas para el acceso a los estudios superiores de jóvenes provenientes de clase media baja y trabajadores, favorecidos por los planes de regionalización y redimensionamiento ideados por un ex decano de Farmacia de la UBA, Alberto Taquini (h): en apenas dos años aumenta de 9 a 26 la cantidad de universidades nacionales. Las urnas pletóricas de boletas peronistas en marzo de 1973 presagian cambios que pronto repercuten en la vida universitaria.

Federico Storani, primer presidente de la FUA por Franja Morada, analiza la convulsionada universidad del '73.

Ideologismo y creatividad

La denominada generación del '70 —y puntualmente la que pasó por la Universidad— estuvo fuertemente condicionada por el ideologismo. No puede entenderse el proceso sin arrancar el análisis desde el golpe de Estado del '66, que planteó un cuestionamiento muy profundo al sistema de partidos políticos, un régimen semicorporativo que condenaba lo que llamó la "partidocracia liberal". El Cordobazo hirió de muerte a este proyecto, pero era curioso que la izquierda también cuestionaba la "partidocracia liberal", pero adosándole el carácter de "burgués".

Fue un tiempo en que hubo mucho eslogan, mucho análisis superficial, creencia ciega en la receta mágica, voluntarismo y culto a la violencia, aunque fue una generación inquieta, creativa, dispuesta al sacrificio. Hasta ese momento el peronismo rechazaba participar de los organismos de masas (Centros) y se nucleaba en agrupaciones, como fenómeno de oposición a la tradición histórica antiperonista de la Universidad. El peronismo creció como una especie de moda, de esnobismo en la militancia, con algunos planteos insurreccionales muy en boga, que terminaron sometiendo a la JP a la conducción político-militar de Montoneros. El radicalismo y la Franja Morada, que había ganado la FUA a fines del '73 cuando la JUP se hacía fuerte en la FULNBA, planteaba la unificación del movimiento estudiantil, pero con garantías y condiciones iguales para todos. Esto nos dividió porque el peronismo quería hegemonizar lo que entendía como movimiento de liberación nacional y además, pese a que estaba en franco retroceso en los comicios del '75, quería unificación tomando los resultados del '73. Y mientras el peronismo comenzaba a tomar la Universidad como campo de batalla de su disputa global por el poder, olvidándose de las reivindicaciones específicas, la Franja, entre otras agrupaciones, tenía como bandera la normalización.

El '73 planteó un proyecto de universidad que rompiera el aislamiento y la lanzara a la "revolución cultural". Su fracaso preludió la chatura y el horror.

De la euforia al oscurantismo

"La UBA debe ser motor de la revolución cultural", dice en 1973 el nuevo ministro de Educación Jorge Taiana al poner en funciones al delegado normalizador Rodolfo Puiggrós, uno de los ideólogos de la izquierda del movimiento, a la par de John William Cooke y el sociólogo Hernández Arregui, quien llega a reunir a más de 3 mil alumnos en una de sus clases teóricas. El ingreso libre masifica las casas de estudios, pero a la militancia estudiantil le cuesta acomodar su discurso vanguardista a la novedosa vida democrática. No son pocos los seducidos por el fetichismo del fusil y pregonan "cuanto peor, mejor" para que "las masas se desilusionen de la democracia burguesa".

La Franja Morada se hace fuerte en la FUA y por primera vez coloca en la cima un hombre de sus filas: Federico Storani. En cambio, el peronismo afianza su poder fundando la Federación Universitaria para la Liberación Nacional-Buenos Aires (FULNBA), con la presidencia de Miguel Talento, secundado por Rafael Pascual, de la disidente Juventud Radical Revolucionaria (balbinista). En el balance nacional de las elecciones de centros del '73, la Juventud Universitaria Peronista (JUP) obtiene 24 mil votos; la FM 23 mil; el MOR 22 mil, FAUDI-TUPAC 16.500 y el MNR 13 mil.

Se suceden las intervenciones y bajo la presión de José López Rega se nombra titular de Educación a un ortodoxo justicialista de la primera hora, Oscar Ivanissevich. El 17 de setiembre de 1974 asume el rectorado de la UBA Alberto Ottalagano, quien años más tarde se reivindicará fascista. Mientras recrudecen los atentados y las acciones de los grupos armados, el orden institucional se desliza por un tobogán arrastrando al movimiento estudiantil. Fracasa un intento de unificar las tendencias en una Central Unica de Centros y Federaciones, el MOR y la Franja toman distancia de la JUP, arrecian los conflictos sociales y las Fuerzas Armadas se alistan para el asalto al poder. Vertiginosamente cae el telón sobre un crispado ciclo.

Transcurre 1976 y tras el "pustch" militar apenas quedan murmullos de aquel soñador alboroto universitario. Militante de criptas, furtivo caminador del camposanto del Proceso, el estudiante que gambeteó casi hipnotizado la represión comienza a convivir con los fantasmales siluetas de los muertos y desparecidos, tal vez, sin imaginar las profundas mutaciones de lo que vendrá. Las universidades despobladas, las deserciones multiplicadas, los controles policiales de libretas y apuntes en búsqueda del subversivo panfleto. El reino de la censura y la autocensura. El cierre de casas de estudios (Luján) y la eliminación lisa y llana de cátedras y especialidades.

Pero, mientras los "sobrevivientes" se mimetizan entre los desconocidos rostros de mirada casi indiferente, las nuevas camadas de alumnos vienen a inaugurar una etapa en la que no hervirá la fiebre de la utopía sino un sereno, aséptico y respetuoso pragmatismo.

En un ámbito que tiene bajo sospecha desde la matemática moderna hasta las teorías psicoanalíticas, comienzan tibios intentos de recomposición de fuerzas. Los centros de estudiantes, vestigios de lo que fueron, funcionan lejos de los rígidos controles. Dispersos militantes de Franja Morada, MNR y PC se mueven en las sombras y dan a luz un documento semiclandestino de la FUA. Firmado por un radical de La Plata, Marcelo Marcó, la declaración lamenta que "se establecen planes" (universitarios) sin consultar a la comunidad. Reclama tímidamente "medidas para poder acceder a la enseñanza pública", oponiéndose al estrecho corsé de los cupos de ingresantes, sistema que durante el Proceso deja tendales de frustrados aspirantes a una banca en las pintadas y prolijas aulas de la dictadura. La FUA condena los proyectos de arancelamiento y recupera una bandera histórica: el aumento del presupuesto educativo, que en 1978, con 8,8 puntos, desciende al más bajo nivel del siglo.



Las Madres de Plaza de Mayo se constituyeron en el testimonio viviente de la dura represión desatada por la dictadura. Su sola presencia fue un dedo acusador.

En julio de 1979, la FUA pone en marcha una campaña contra el anteproyecto de ley universitaria. En octubre de 1980, la Junta Representativa (secretarios regionales de federación) vuelve a la carga contra los aranceles y se atreve a lanzar la circulación de un petitorio.

Elegido por acuerdo de agrupaciones en algún local prestado, el radical Roberto Vázquez, que preside la central estudiantil, encabeza un pronunciamiento de 18 mil firmas publicado en forma de solicitada en los diarios pero las autoridades lo desairan al no recibirlo. La FUA deja simbólicamente los pliegos en la mesa de entradas del Palacio Pizzurno. En tanto el régimen insinúa que iniciará un descongelamiento político bajo la presidencia del general Roberto Viola, salta a la palestra un militar que los norteamericanos califican de "general majestuoso", Leopoldo Fortunato Galtieri. Estudiantes universitarios se confunden entre los jirones de columnas obreras y populares que son apaleadas el 30 de marzo de 1982 en su vano intento por llegar a la Plaza de Mayo convocadas por la CGT. Como por arte de magia, muchos de ellos colmarán las plazas horas después, hechizados por el derrocamiento del virreynato británico en las islas Malvinas. Sin embargo, en las multitudinarias concentraciones de festejo comienza a observarse la ausencia de las otrora siempre enhiestas y bulliciosas formaciones del movimiento estudiantil organizado. Algunos universitarios, miles de kilómetros más al sur, yacen sin vida en la roca desértica y helada del archipiélago.

Durante el derrumbe de la dictadura los estudiantes se reorganizan. La democracia devuelve vida plena a la universidad.

Construir sobre ruinas

Al calor de la reinstitucionalización que sobreviene a la caída de Galtieri y desempolvadas las urnas, los centros de estudiantes reaparecen en la vida política en octubre de 1982 con una marcha temerosa y compacta de unas mil personas que cubren el trayecto entre la Plaza Houssay y el Palacio Pizzurno. Sus reclamos: acceso irrestricto, eliminación de cupos y aranceles, suspensión de concursos docentes, libre funcionamiento de los centros, retiro de la custodia policial, entre otros. Ya a principios de setiembre había alumbrado una democrática convocatoria de la FUA, en Rosario. "Plantemos la vigencia de la soberanía popular a través de elecciones libres y sin condicionamientos, independencia nacional y unidad de los sectores populares", dice en un documento. El 27 y 28 de setiembre se celebra la primera elección en un centro en los últimos siete años. Imprevistamente es derrotada Franja Morada, candidata en los pronósticos, en la Facultad de Derecho de Rosario. Sobre 1500 votos, la Lista Independiente (simpatizantes demócratas progresistas y socialistas democráticos) obtiene 1021. En los albores de 1983 hay un aluvión de rechazo a los cupos y el arancelamiento. Se suceden las huelgas de hambre, las tomas pacíficas, las movilizaciones relámpago en Rosario, Córdoba, La Plata y Capital Federal. De 44.884 inscriptos en la UBA ingresan once mil, o sea que tres de cuatro aspirantes seguirán en esa condición. Otros postulados del movimiento estudiantil son el desmantelamiento del aparato represivo y la aparición con vida de las víctimas del Proceso.

Un estudiante de Arquitectura testimonia, en una entrevista periodística, un hecho que simboliza el pasado reciente: el decano de facto de su facultad ordenó guillotinar los libros prohibidos en forma transversal para que no pudiesen volver a ser leídos.

Cataratas de votos radicales se descargan sobre las urnas. Franja Morada hegemoniza la FUA en el Congreso que se celebra en Tucumán, en 1984 Marcelo García es elegido presidente y los coordinadores ocupan la mayoría de los cargos. Durante las sesiones, en el estadio polideportivo, se registra una inédita concurrencia de 3500 activistas y dirigentes de todo el país. Presiden honorariamente Perón, Yrigoyen, los desaparecidos y los caídos en Malvinas. Hora del mutuo respeto y la polémica en sordina. Hay 591 delegados de Franja y lo sigue muy atrás la renovada JUP con 146, pero comienza a aparecer el fenómeno de los independientes y centristas: 100 congresales. Un párrafo del documento final ayuda a interpretar el nuevo estado de conciencia: "Habiendo aprendido de estos largos 50 años plagados de golpes de Estado, debemos asumir firmemente el compromiso de luchar junto al resto de los sectores de nuestro pueblo para que nunca más se produzcan falsas divisiones en el campo popular". La simpatía por el proyecto alfonsinista monopoliza la atención de los cuadros, aunque surgen divisiones en la FM. Lentamente el arco político universitario se atomiza. En las elecciones de Centros de la UBA se presentan 36 agrupaciones. El radicalismo viene de ganar la mayoría en los comicios de claustros, primeros que se realizan desde 1965.

Señal de que todo ha cambiado es la aparición de nucleamientos independientes contestatarios pero adeptos a los cambios en paz, como la Junta Organizadora Del Alumnado (JODA), que participa en la elección del Centro de Farmacia de la UBA. A fines de 1987 FM, en abierto retroceso consigue a duras penas retener la mayoría en el Consejo Superior de la UBA, en alianza con intransigentes e independientes. Por primera vez un liberal, de UPAU, entra al Consejo Superior. Las marchas de estudiantes de Ciencias Exactas y Filosofía y Letras, furiosamente reprimidas en Buenos Aires y el ayuno de estudiantes en protesta por las amenazas y secuestros temporarios (Medicina de la UBA) son episodios aislados. La universidad de la democracia, cogobernada y autónoma, deficiente y convulsionada, pero pluralista, parece signar los tiempos contemporáneos.

"¿La reforma?... ¿qué reforma?"

Por Nora Veiras

—¿Qué sabés de la Reforma Universitaria del '18?

—¿De qué? Nada. Ni idea.

—¿Nunca te preguntaste de dónde surgió el cogobierno, los concursos docentes, la universidad laica...?

—Yo vengo, curso, y me voy. Un desastre...

Las respuestas de Waldo, 20 años, estudiante de Farmacia, se repiten como mimeografiadas. La mayoría de los estudiantes de las distintas carreras de la Universidad de Buenos Aires se sorprenden cuando se les pregunta sobre el movimiento estudiantil cordobés que en 1918 sacudió los cimientos de la universidad. Por supuesto, hay excepciones. Algunos memoriosos recuerdan que "según la cátedra que te toque, en la materia Sociedad y Estado del Ciclo Básico Común, nos dan un pantallazo sobre ese tema".

El interés de los alumnos se agota en los problemas inmediatos. Marcelo, futuro ingeniero mecánico, se preocupó: "¿Qué va a haber una reforma? Poneme al tanto, porque es hora de que hagan algo. Esta universidad no da para más". Mientras comentan la increíble cantidad de bochados en los exámenes. Raquel y David, estudiantes de tercer año de Medicina, se disculpan: "Nos agarrás mal, nunca nos hablaron de eso". Sin embargo, de pronto, Raquel se acuerda que "la hicieron los radicales", pero nada más.

En Farmacia y Bioquímica, uno de los fundadores de la agrupación JODA (Junta Organizadora Del Alumnado) demostró que sabía algo más. "Eran revolucionarios, los chicos", ironizó y agregó que "fue un movimiento medio contra los curas".

En las carreras humanísticas, los postulados de la Reforma, en líneas generales se conocen, pero las causas de la reacción estudiantil se desdibujan. Alexis, 19 años, estudiante de Ciencias de la Educación es la excepción que confirma la regla, explicó —ante el asombro de sus compañeros— que "ese movimiento marca la apertura de la universidad a nivel teórico y es el primer intento mundial de democratización de la enseñanza" y fue más allá: "La autonomía del Estado, el cogobierno y la libertad de cátedra fueron la base de una concepción que después abarcó a toda Latinoamérica". Marcela, 20 años, si bien cursa la misma carrera se queja "porque hasta ahora se dedicaron a darme todo lo que pasaba en Europa, pero de acá nada".

La universidad de hoy es impensable sin la Reforma, pero 1918 no basta para explicar la crisis en que se debate.

Memoria desde el presente como ejercicio productivo

Por Miguel Talento

Pensar la Reforma desde el difícil presente universitario me parece un ejercicio productivo de la memoria: ¡qué mejor que recordar la vibrante y lograda arenga del Manifiesto Liminar echando un vistazo sobre la historia universitaria y la situación actual.

Una visión integrada e integradora de las diversas experiencias político-académicas que conoció la universidad es un requisito de base para formular caminos de solución. La historia de la universidad argentina no es pensable sin la Reforma, pero tampoco lo es únicamente desde ella.

Trascendente por sus contenidos democratizadores y pluralistas reubicó el rol de los docentes sobre la base del concurso y la libertad de cátedra, afirmó el protagonismo del movimiento estudiantil, desarrolló formas de gobierno con participación de la comunidad universitaria, legitimó la autonomía por vía de la elección de sus autoridades y el manejo autárquico de los recursos. Criterios perdurables y de innegable valor.

Históricamente, desde el peronismo y otros sectores nacionales y populares hemos criticado a los herederos políticos de la Reforma por sus actitudes ante episodios decisivos: los golpes del '30 y el '55, las jornadas de surgimiento del peronismo, etc. Aquí se manifestó con crudeza la tensión entre la legitimidad de la mayoría de la voluntad nacional y la hegemonía política opositora, que dominaba la opinión universitaria.

Así, la historia política de la universidad muestra fracturas significativas, expresión de la suerte diversa de sus alineamientos con las luchas sociales. Experiencias valiosas en lo democratizador o en lo académico-científico fueron invalidadas globalmente, impidiendo la decantación de una tradición universitaria sólida e integradora de los diversos aportes político-ideológicos. En tal sentido, está pendiente la recuperación de lo trascendente de la experiencia peronista de la universidad del '73 y '74.

La reconstrucción universitaria del '73 tuvo el signo de la participación juvenil, tumultuosa y esperanzada en quebrar el círculo de frustración y decadencia inaugurado en el '55. Hubo energía y crispación propia de una lucha política en que se discute la suerte de un programa de transformaciones con actores constituidos fuera de circuitos institucionales y de tradiciones políticas estables. Hubo intención transformadora, con suerte diversa en lo pedagógico, en los contenidos, en las formas de participación. Si algo subrayó esta experiencia fue la necesidad de inscribir lo universitario en el contexto de luchas y necesidades populares.

Se puede discriminar el mensaje perdurable de la experiencia de esos años, sin mitificaciones ni teoría de los dos demonios, afirmando su innegable legitimidad universitaria, así como la legitimidad extrauniversitaria que le acordó la designación de interventores avalados por el general Perón. Otro aspecto es la naturaleza específica de la crisis actual. La universidad llega a la transición democrática marcada por el fracaso popular de la década pasada y por la devastación del Terror de Estado, eficaz en la destrucción de las formas de organización y participación de los universitarios. La magnitud del mazazo represivo está ilustrada en que el 21% de los desaparecidos estaba vinculado a la actividad universitaria.

Concibo la crisis actual distinguiéndola de la normalización: la constitución de modos legítimos de gobierno universitario pone la condición necesaria, pero no suficiente para solucionarla; define las reglas de juego, pero no el partido, que es enfrentar la crisis. Sus signos se advierten por todos lados: pérdida de prestigio social, ausencia universitaria en los grandes debates nacionales, fragmentación del poder. El gobierno de la universidad trabaja sin programas claros, públicos, discutidos; sin un diagnóstico integral y con escasas señales de un Estado que carece de planes de desarrollo y de educación. La crisis se expresa en desarticulación, demandas insatisfechas o mal resueltas (ingreso, calidad, etcétera), desarrollo casi inercial de la institución, en tanto programas y objetivos no surgen desde una voluntad política explícita sino desde el fragor de las pequeñas racionalidades en que se ha dividido la vida universitaria, cuadro que se agrava con las presiones sociales que la derecha liberal propone resolver con recetas restrictivas y elitistas.

El mejor homenaje desde el presente a la Reforma es abrir el debate, es volver realmente pública la gestión universitaria. Un recuerdo ni mítico ni escolar de los hechos del '18 pide desarrollar una nueva cultura que replantee la institución como problema colectivo de los universitarios y como problema nacional.

Deodoro Roca, una empecinada voluntad de cambio. El problema central era conseguir la participación.

Del ascenso social a la crisis de función

Por Juan Carlos Portantiero

Hace más de una década, desde México, y retomando un texto todavía anterior destinado a lectores europeos, dibujé algunas reflexiones sobre el perfil del estudiante universitario en América latina, en una introducción extensa a una recopilación de manifiestos y artículos sobre la Reforma Universitaria de 1918 y sus derivaciones *.

El libro llevaba la intención de rendir un homenaje a ese proceso a los sesenta años de su eclosión, ante la convicción de que sus características ni siquiera eran conocidas por el movimiento estudiantil contemporáneo. Hoy, diez años después, cuando la recordación es ya septuagenaria y, en lugar de ominosas dictaduras buscan consolidarse en el continente regímenes políticos democráticos, las cosas no parecen hacer cambiado demasiado, en lo que hace a la presencia en la memoria de los jóvenes de la Reforma del '18.

¿Será efectivamente el de la Reforma Universitaria un tema de arqueología? Es un hecho que ni por las características de los problemas ni los protagonistas sociales de hoy tiene mucho que ver con los de hace siete décadas. En rigor, los problemas centrales de la actualidad son el resultado del triunfo de algunos de los postulados centrales del movimiento de 1918. La crisis de entonces, que dio lugar a la revuelta estudiantil, era una crisis de participación: jóvenes, producto de una primera modernización social, que pujaban por penetrar en un sistema cerrado. La crisis de hoy, en una universidad de masas, es una crisis de función de ésta, en tanto institución que forma recursos humanos cada vez menos valorizados.

Y este cambio de problemáticas redefine a su vez los rasgos de los protagonistas. La universidad de entonces podía ser claramente un mecanismo de ascenso social: la juventud de las emergentes clases medias aspiraba a una democratización de las instancias de ingreso a los estudios superiores para ampliar la pirámide de poder. Hoy, sin que esa intención haya dejado de existir, las preguntas estudiantiles se dirigen más a inquirir si, tanto la universidad cuanto la sociedad, están en condiciones de servir a esos propósitos, dados el estrechamiento del mercado de trabajo y el entrenamiento cada vez menos riguroso que el deterioro de la enseñanza les proporciona. Si el estudiante reformista clásico se veía a sí mismo como agente de un cambio social global, el estudiante de hoy, protagonista de la crisis de función de la universidad, se cuestiona más como fuerza de trabajo intelectual en formación que ve con perplejidad su próxima inserción específica en el mercado laboral. La explosión de la matrícula —derivado necesario de la democratización social impulsada idealmente por la Reforma del '18— y la consecuente masificación de la universidad, da razón a aquella proposición sociológica que señala que las condiciones de uso de un bien tienden a deteriorarse a medida que ese uso es más generalizado.

Por cierto que la problemática de la universidad de masas y el nuevo rol del estudiante como sujeto social abren cuestiones que efectivamente tornan anacrónicos buena parte de los temas del '18. Cuando los dirigentes se quejan de la apatía estudiantil, es probable que no estén advirtiendo que lo que sucede en realidad es que los intereses y las demandas para satisfacerlos han cambiado y que si el discurso político para la universidad no modifica sus acentos clásicos —ahora retóricos e inespecíficos—, será muy difícil que pueda ser movilizador.

* *Estudiantes y política en América latina, 1918-1988. El proceso de la Reforma Universitaria*, Siglo XXI, México, 1978.

El homenaje es trabajar

Por Claudio Díaz, presidente de FUA

Teniendo en cuenta la situación del movimiento estudiantil a principios de los años '80, podemos decir que hemos avanzado mucho y que queda un largo trecho en la construcción de la universidad deseada. Aquí el protagonismo de los estudiantes, sin sectarismos y con amplitud en el debate, es el desafío. Nuestra acción consecuente será el mejor homenaje a los reformistas del '18.

Durante la dictadura el trabajo consistía en mantener un mínimo funcionamiento de los organismos representativos de los estudiantes. En muchos casos se trataba de contactos entre personas de distintas fuerzas políticas que, diezmadas, trataban de mantener en la clandestinidad los centros, federaciones regionales y a la propia FUA. Todas las reivindicaciones se transformaban en una herramienta política para combatir a la dictadura militar.

Hoy el desafío es distinto. Con el advenimiento de la democracia comienza la etapa de la normalización en las universidades nacionales, y ahora lo fundamental es conseguir un presupuesto acorde con las necesidades, bregar por la calidad de la enseñanza e insertar la universidad en su medio. Hay que defender lo conseguido. Desde la FUA seguiremos convocando a debatir la problemática actual. El imperativo de la hora es crear, investigar, organizar y elevar el nivel del debate en la vida universitaria.

La producción y notas de este suplemento estuvieron a cargo de Rubén Levenberg, Daniel Verona y Marcelo Machi.